

da gracia de la vejez, casi tan atractiva como la de la juventud; porque si la una es una timidez, la otra es una condescendencia, y ambas interesan. Lo escuchaban siempre con deferencia. Su conversacion era abundante como un libro, dividida y distribuida como un sermon. Parecia un gran profesor; mas mezclaba á la enseñanza una gran variedad de anécdotas sobre las mugeres y los hombres célebres del siglo último, que despertaban poderosamente la atencion. Adornaba tambien la conversacion con citas de sus poesias y de sus coplas de sociedad; ensayos desgraciados que han quedado en mi memoria como los famosos versos de Malebranche. Es casi imposible hacer comprender á un sábio que la poesía no es la rima. El abate Sigorgne, que murió mucho tiempo despues, dejó su nombre á la calle de la ciudad que habia habitado. Cuando no se tiene familia, es alguna cosa dejar su nombre á las piedras.

XXXIV.

Otro abate llamado el abate *Bourdon*, figuraba todas las noches en el salon de mi tio. Abate de la corte, antiguo vicario, hombre de mesa y de sociedad en su juventud, de aventuras durante una larga emigracion, habia frecuentado los salones del cardenal de Bernis y de madama de Pompadour, mucho mas que las salas de la Sorbona. Grueso, pequeño, carrilludo, gotoso, de una figura que habia debido ser tan agradable como graciosa, tenia él mas del abate de *Chaulieu* que del sacerdote martirizado por una revolucion y á causa de su fe. Mas el tiempo y el *decorum* de las emigraciones y de las espoliaciones de *beneficios*, sufridas por su estado, le daban cierto aspecto y gravedad. No la olvidaba sino en el calor de la conversacion, y en la especie de entusiasmo que le inspiraban el mundo elegante y los placeres. Entonces, todos sus recuerdos de Paris y de la corte, nombres históricos, desterrados ilustres, brotaban con multitud de relaciones brillantes de su memoria. Se comprendia que quince ó veinte años antes habia sido uno de los abates mas

bien recibidos en los salones de Versalles ó de Paris, donde su alma habitaba aún. Los devotos no lo amaban sino como un molesto vestigio del antiguo sacerdocio, que podia servir de mal ejemplo para el nuevo. Mas su carácter, sus hábitos, su ortodoxia oficial, probada por la persecucion, los obligaban á guardar silencio, y concluia por obtener las apariencias de la veneracion. Me amaba mucho, y no me cansaba yo de oirlo referir multitud de hechos de un mundo sobre el que habia corrido la cortina de la Revolucion, y del que habia quedado uno de los mas ligeros, graciosos y espirituales actores.

Un hombre, misterio para todo el mundo, aun para mi tio que lo recibia todas las noches, asistia regularmente á aquellas reuniones. Era un anciano tambien; pero un anciano vigoroso y fuerte, del que se suponian, aunque no podian adivinarse, los años. Su fisonomía estaba marcada como un testamento con tres sellos. Solo los ojos estaban entreabiertos, mas bien para observar los pensamientos de los otros que para dejar leer en los suyos. Su actitud era tímida, afectada. Se conocia que se encontraba mal colocado en una sociedad superior á él por la fortuna y por el nacimiento. Sus vestidos eran pobres, descuidados, casi sórdidos; parecia susceptible y orgulloso naturalmente; mas como el Cínico de Atenas visitando á Platon, destruia el tapiz del orgullo del maestro, con un orgullo mayor aún. Todo su pasado era un enigma. Se ignoraba cuál era su familia, su patria. Solo se sabia que habitaba durante el invierno una guardilla de un cuartel pobre de Mâcon, teniendo por compañeros un perro, una cabra y algunos libros. La cabra lo alimentaba, el perro lo amaba y los libros conversaban con él de los siglos y del mundo. Pasado el invierno, iba á vivir á una aldea de las montañas del Mâconnais, llamada Bussières, al lado de Milly, en la casa de dos señoritas, de una edad ya madura, tan solitarias y originales como él. Nadie entraba jamas ni en su casita, con las persianas siempre medio cerradas, ni en su jardin cercado de altas paredes. Cuando pasaba yo á caballo

P. 9.

por un estrecho sendero que rodeaba aquel lugar y me enderezaba en los estribos para ver el jardín, percibía alguna vez aquellos tres salvajes civilizados, agrupados con sus animales, recogiendo yerba para la cabra, ó leyendo al calor del sol en el césped de una calle. Quedaba una impresion misteriosa é inexplicable mirando aquella casa. ¿Era un parentesco? ¿Una union, ó una secta? Ni aun los vecinos mas cercanos y curiosos han podido jamas adivinarlo.

Aquel viejo se llamaba M. de *Valmont*. Hablaba raras veces; pero cuando lo hacia era con una naturalidad, una rectitud, un conocimiento de las cosas y con términos tan propios, que era preciso guardar silencio cuando abria sus labios. No ocultaba que habia sido empleado en elevadas misiones diplomáticas secretas por los ministros de Luis XV, y tal vez, por aquel mismo rey, que tenia una diplomacia diversa de la de sus ministros; que habia habitado Constantinopla, Italia, y sobre todo, la Rusia y la Prusia.

Referia muchos hechos del gran Federico, tan bien como Voltaire y los filósofos de la colonia de *Potsdam* podian referir los suyos propios. La conversacion no se referia nunca á aquel rey, á aquel tiempo, ni á aquella corte, sin que M. de Valmont la hiciese muy interesante y la enriqueciese inmediatamente con las relaciones mas íntimas y nuevas. Era una crónica viva de los banquetes filosóficos del rey de Prusia, de los amores babilónicos de la gran Catarina, y aun de las costumbres del serrallo. En cuanto á la política actual de la Francia, jamas hablaba de ella. Se encontraba en una época de reaccion religiosa y aristocrática de la opinion contra los principios de la revolucion francesa. Se veia en su fisonomía, en su silencio y en su sonrisa mal reprimida, cuando la conversacion recaia sobre el particular, que habia permanecido firme en la filosofía de su juventud, y que interiormente tenia piedad del principio del siglo XIX; que repudiaba toda la herencia del siglo precedente, sin escoger entre la libertad y la servidumbre entre la razon y la impiedad.

Lo escuchaban con interés, pero con cierta desconfianza. Algunas personas echaban en cara á mi tio el que lo admitiese á aquella intimidad de conversaciones demasiado libres con respecto al gobierno, y temian que fuese un observador político, pagado en secreto por la espantadiza tiranía de Bonaparte. Su muerte, que acaeció poco tiempo despues, probó que aquellas sospechas habian sido quimeras. Yo lo ví morir en el hospital de *Mâcon*, en un mal lecho, teniendo toda su riqueza sobre una silla al pié de él, con su perro blanco. Mi tio me condujo allí, iba á ofrecerle un asilo y socorros. M. de Valmont rehusó todo con lágrimas de reconocimiento, pero con la altiva dignidad de un estoico. Solo me suplicó como al mas jóven, que cuidase cuando dejase de existir, á aquel pobre animal que lo acompañaba hasta en su agonía. Lo tocó con sus manos: á la mañana siguiente espiró.

XXXV.

Uno de los hombres mas notables de aquella nocturna sociedad, era un gentil-hombre del Franco-Condado, casado en *Mâcon*, y nombrado Mr. de *Larnaud*. Era un hombre de talla colosal y voz áspera, aunque de una fisonomía muy inteligente y tierna; un anciano germano de cabellos rubios y ojos azules, sumergido en la civilizacion moderna. Jamas he visto reunidas en una misma naturaleza y en tanta dosis, dos cualidades que ordinariamente son exclusivas la una de la otra; la erudicion del espíritu y la fogosidad de la imaginacion. Sabia todo y de todo se apasionaba. Jóven, rico y ocioso, en el momento de la Revolucion se habia precipitado con los delirios de una alma hermosa y embriagada de esperanzas por la humanidad. Habia quemado sus naves entonces con el trono, la aristocracia y las supersticiones de lo pasado. No habia llegado hasta el crimen, porque era la conciencia, la virtud desinteresada y la misma humanidad en persona; pero habia llegado hasta el vértigo, y se citaban aún en el pais y en Paris las exaltaciones, los actos y

los discursos que habian señalado el fanatismo de su corazón en las primeras ceremonias populares de 89, de 90 y de 91. Hombre de buena fe, no renegaba de ellas: una alma como la suya, que nada tiene que ocultar, nada tiene tampoco de que retractarse. Decia simplemente como el poeta *Alfieri*, testigo de las sangrientas orgías de 1793: "Conocia yo á los grandes, no conocia al pueblo. Me arrepiento por haber creido á los hombres mejores de lo que son. Si es este un crimen, es el de una alma honrada!"

Así era la alma de Mr. de Larnaud. Poco despues del 10 de Agosto y de las persecuciones contra la familia real, se colocó con la misma pasión en el partido de las víctimas. Se habia ligado con los girondinos, con madama Roland, con Vergniaud, para participar de sus peligros y de su gloria. Era inagotable con respecto á aquellos hombres á quienes la Revolucion habia devorado, porque se habian atrevido á disputarles sus crímenes. Habia permanecido fiel á sus doctrinas de sábia y pura libertad. No gemia sobre su cadalso, que era su pedestal para la historia, sino sobre los votos de algunos de ellos, contra sus convicciones de la muerte del rey por salvar al pueblo. Sabia que frecuentemente se salva á una nacion por medio de un martirio, nunca por un crimen. Mr. de Larnaud fué el primero que infundió en mi imaginacion esas grandes escenas, esas grandes fisonomías, esos grandes nombres, esa elevada elocuencia del segundo periodo de la Revolucion, de que habia participado, que pintaba con rasgos de fuego, y que yo mismo debia pintar mucho tiempo despues en una página de la historia: *los Girondinos*.

No tenia menos entusiasmo por la literatura y por la poesía, que por la política. Compatriota y camarada de Rouget de l'Isle, autor de la *Marsellesa*, amigo y admirador de Nodier, de Chénier, de Delille, de Fontanes, asistiendo á todas las sesiones de las academias, miembro de todos los círculos, siguiendo todos los paseos, visitando todos los salones, perenne en todos los

teatros, era la esponja inteligente de los dos siglos; pero una esponja que todo lo conservaba, una memoria que nada perdía, una expresión y un gesto que hacian comprenderlo todo y casi verlo: prosa, verso, anécdotas, fisonomías, discursos, escenas, citas; se encontraba la antigüedad, el pasado y el presente en su conversacion. No se tenia mas que el trabajo de hojear: diccionario universal, encuadrado bajo la forma humana; toda la ceniza de la biblioteca de Alejandria contenida en el cráneo de un hombre vivo! El solo llenaba aquel salon. Me amó inmediatamente á causa de mi juventud, de mi curiosidad, de mi atención en escucharlo, del entusiasmo que su pasión hacia nacer en mis miradas. Bien que tuviese treinta años mas que yo en la vida, me creia de su edad y yo de la suya, porque era de esas naturalezas que no envejecen ni aun en la caducidad, y la mia de las que adelantan á la vejez por la reflexion. Me trataba como si fuera igual á él en años y en inteligencia. Iba frecuentemente por la mañana á concluir en mi cuarto la conversacion de la vispera. Entonces se entregaba con mas libertad á su íntima inspiracion; descubria las cenizas de su entusiasmo por los grandes hombres y por las grandes cosas del principio de la Revolucion, que no osaba manifestar en la habitacion de mi tio, en presencia de mis piadosas tias y de algunos gentileshombres realistas ó emigrados. El filósofo aparecia de nuevo bajo el hombre de mundo. Su antipatía contra el imperio y contra aquella muda opresion del pensamiento, se manifestaba por una tempestad de palabras que retumbaba continuamente en su seno. Me recitaba las imprecaciones de Chénier y las de Nodier contra la mudez de la época:

Humillese el vulgo

Ante el arteson dorado

Del palacio de Sylla.

Ante el carro de Julio,

De Claudio ó de Caligula, &c., &c.

Me profesó la misma amistad hasta sus últimos días, y su memoria es una de las que me pueblan de mas recuerdos y pesares las calles, ahora desiertas para mí, de aquella ciudad pequeña, que animaba con sus pasos y que llenaba con su voz.

Al lado de él, se sentaban ordinariamente en el mismo salon, otros dos de un carácter y de una conversacion igualmente atractivas para un jóven. Eran dos emigrados, oficiales de marina.

Uno era el marqués *Doria*, que fué mas tarde, por mucho tiempo y honradamente diputado de Mácon. Naturaleza italiana por la fecundidad, la movilidad, la elocucion y la abundancia: francesa, por la franqueza, la nobleza, la cordialidad, el desinterés y el patriotismo. Hablaba mucho, conversaba bien, y escuchaba mejor; leia mucho y juzgaba con reserva y con frialdad. Era uno de esos espíritus justos, finos, eléctricos, observadores de las conveniencias, aun en materia de ideas, que á nada se atreven solos y que tienen necesidad de sentir sus pensamientos en otras muchas cabezas, para profesarlo en voz alta. Podria decirse de ellos que son los hombres de buena sociedad, en la de las inteligencias; escuchan, miran, leen su diario por la mañana y se dejan redactar su opinion, como si se dejasen cortar un vestido por su sastre. Aquella reserva de espíritu provenia, en el marqués *Doria*, de modestia y no de esterilidad; era hombre de un trato instructivo y agradable; una buena fortuna, el poseerlo todas las noches en una ciudad apartada del centro. Su carácter era mas encantador y mas seguro todavía que su espíritu: la caballería antigua en la gracia moderna, las formas de la corte sobre un fondo de virtud. Nunca habia sido revolucionario. Su nacimiento y su título de caballero de Malta, lo colocaban en la alta aristocracia. Mas comprendia perfectamente que el porvenir despojaba á las aristocracias inmóviles y hereditarias como se despoja el árbol de su corteza, y que si habia una preocupacion legítima y favorable para los nombres, no habia ya rango para los talentos. Como realista constitucional,

participaba del ódio, en las opiniones de aquella sociedad, contra el Imperio.

El otro era pariente nuestro, y uno de nuestros mas íntimos amigos, camarada del marqués *Doria* en la marina, emigrado á los diez y ocho años como él, habiendo vivido durante muchos años con esa vida de aventuras del emigrado, que aguza el ingenio, suaviza las ideas, diversifica las costumbres y da á la vida de un simple caballero de provincia la originalidad y el interés de una *Odisea*. Se llamaba Mr. de Saint-L. [Borro el nombre porque existe aún.] Su conversacion tenia la variedad y lo pintoresco de las relaciones de los campos, viages, navegaciones, fortunas é infortunios diversos en las peripecias de los largos destierros. Soldado, marino, cortesano, viagero, mercader, habia desempeñado todos los papeles en el extranjero, en un corto número de años. Referia con mucha animacion; conocia de Europa los salones, los ejércitos y los paseos, como se conoce una calle. Sus relaciones, algunas veces adornadas, siempre interesantes, interrumpian á propósito las discusiones literarias ó políticas. Era la epopeya corta y accidental de aquellos diálogos. Además, era de hermosa figura, jóven todavía; leia con inteligencia y con sentimiento; sabia de memoria las tragedias de Racine y de Voltaire; las declamaba imitando á los mas grandes actores. Podia suponerse, y con razon, que entre los diversos talentos que habia ejercido durante su emigracion, para sustraerse á la indigencia del destierro, el de lector ó recitador de poesía francesa en las reuniones de Alemania, habia sido uno de los recursos de su ingenio.

El resto de aquella sociedad se componia de otros parientes ó amigos de la casa, que se escogian á sí mismos por la conformidad de opiniones, por el gusto de la conversacion seria, por la literatura, la ciencia ó el arte. Dos hermanos emigrados, primos de la familia, Mr. de Davoyé y Mr. de Surigny, ambos distinguidos, el primero por su cultivado ingenio y por su pasion política, el segundo por un raro talento de pintor, concurrían asiduamente.

Todos los hombres eminentes del país, en el bufeté, en la medicina, en la agricultura, que cultivaban al mismo tiempo su talento, ó que les agradaba aquel cultivo en los demás, eran admitidos y muy bien recibidos en aquel salón. Era una *Oasis* en aquella aridez de sociedades de provincia, un recuerdo vivo de aquellas reuniones de hombres sábios, ociosos ó indiferentes de la vida vulgar, que Boccaccio muestra reunidos por atractivo ó por casualidad en alguna *ciudad* de la Toscana, cerca de Florencia ó de Fiessoie.

XXXVI.

Aunque yo no representase, á causa de mi juventud, otro papel que el de espectador tímido y silencioso, debe figurarse que aquellas horas de la noche, que pasaba oyendo hablar libremente de todas materias, á hombres distinguidos, me consolaban un poco de la tristeza, de la residencia y del día. Aspiraba yo mas y mas aquel sentimiento de oposicion razonada á la opresion brutal del gobierno militar, esa independenciam de ideas y esa dignidad de resistencia á los partidos triunfantes, que eran el alma de aquellas conversaciones, como eran el alma de mi padre y de mi tío. El fastidio volvia á apoderarse de mí á la puerta.

XXXVII.

El fastidio era entonces la palabra de mi vida, el mal incurable de mi alma. Ya no sentia yo el dolor, porque habia destruido en mí todas las fibras sensibles. Mi corazón se hallaba osificado; al menos yo así lo creia; mas sentia yo el vacío, el vacío sin que nada pudiese llenarlo, un vacío tan profundo y tan vasto, que se hubiera tragado el mundo entero. No amaba nada, ni queria amar, ni tenía á quien hacerlo con amor. La ausencia total de interés en mi vida habitual, durante aquellos meses de primavera y de estío pasados por fuerza en Mâcon, era tal, que

buscaba inútilmente los medios mas pueriles y mas mecánicos para ocupar aquellas horas eternas.

Habia en el hospital de la ciudad un anciano emigrado enfermo, antiguo compañero de mi padre en el regimiento, y que habia vuelto hacia poco tiempo de Inglaterra. Se hallaba privado del uso de sus piernas: toda su fortuna consistia en una pensión pequeña que le daba su familia para su mantencion y la de un criado anciano, su compañero en la emigracion y en la desgracia. Se llamaba el caballero de Sennecey. Mi padre, que lo amaba mucho, me llevó á verlo un día. Su aislamiento me interesó y volví. Era de un espíritu simple, como de un soldado que no ha conocido de la vida mas que su caballo y su sable; pero era sensible, bueno y afectuoso. Me recibia como los solitarios forzados, retirados del mundo, reciben á los que van por caridad ó amistad á dulcificar un poco su soledad. Se ve aparecer en sus rostros el brillo interior de su secreta alegría. Se conoce el placer que se les causa, y se les ama, por la felicidad que se les lleva. Así, pues, me uní con aquel pobre hombre.

Todos los días, despues de la comida de la familia y de un paseo solitario tras los monótonos jardines de aquel hospital, entraba yo á él; atravesaba las hileras de convalecientes sentados bajo el pórtico; veia las largas filas de lechos blancos de las salas y la eterna luz de los cirios que arden en el centro del edificio, en el altar que se distingue con todo su brillo; subia la elevada y sonora escalera, donde encontraba á las hermanas hospitalarias con el vestido de su piadoso ejercicio; seguia un inmenso corredor, á cuya estremidad se encontraba la puertecilla de la celda del pobre caballero.

Lo encontraba sentado frente á su ventana, ante su mostradorcillo de relojero, como aquellos cartujos, cuyo pequeño aposento habia visitado en otro tiempo, así como su reducido jardín y su pequeño laboratorio; ocupacion forzosa del hombre que tiene necesidad, bajo pena de un fastidio mortal, de trabajar

con el cuerpo ó con el espíritu, ó con ambos sucesivamente; esta es su ley.

El caballero de Sennecey, para vivir en Lóndres, durante una larga emigracion de doce años, habia aprendido el oficio de joyero y relojero. Habia añadido á estos el de tornero, con el fin de hacer él mismo las cajas, tabaqueras, estuches y relicarios de los retratos que montaba y de los relojes que fabricaba. Era diestro y paciente, como un hombre que habiendo perdido la facultad de servirse de todos sus miembros, concentra en los que le quedan, toda la actividad y energía que posee. Su trabajo lo habia sostenido en Lóndres, y aun habia sostenido con el de sus manos á muchos de sus compañeros de infortunio, dotados de menos talento y felicidad que él.

Desde que habia vuelto á Francia, arrastrado por ese atractivo irreflexivo del país, que se hace incómodo en los franceses y que no les permite nunca gozar de su bienestar bajo otro cielo, el caballero de Sennecey habia continuado su estado. Mas lo ejercia gratuitamente para las hermanas del hospital, para los enfermos, para sus amigos y conocidos en la ciudad, que recurrían á sus talentos de relojero ó de joyero. Pasaba su día en desmontar y montar péndulos, relojes, colocar miniaturas, tornear metal ó marfil para adornos ó atavíos de mugeres. Desempeñaba su oficio seriamente, bien que aquella tarea no fuese para él mas que una diversion; así le pesaba menos su soledad. De cuando en cuando, un antiguo compañero de emigracion ó de regimiento, iba caritativamente á pasar con él una hora, para conversar del ejército de Condé, del conde de Artois, del duque de Enghien ó del príncipe regente de Inglaterra, la Providencia del emigrado.

La atraccion que yo sentia por aquel hombre escelente, el sentimiento de las horas de distraccion que mi presencia y conversacion le causaban, y en fin, la ociosidad, que guia los pasos al día siguiente por donde los condujo la antevíspera, me conducian regularmente todos los días al hospital. A fuerza de ver

trabajar la lima, dar vueltas á la rueda, así como al torno, ver obrar el punzon, oír rechinar la sierra de acero, me entró el deseo de trabajar yo tambien. El caballero me enseñó la relojería y el torno. Manejaba sus útiles bajo su direccion, preparaba y pulia la madera ó el cobre; y él le daba la última mano. Conversábamos; mas sus monótonos recuerdos se agotaban bien pronto, y participando de su escabel, la conversacion duraba poco, gracias á nuestra comun ocupacion. No se oía en aquel cuarto mas que el ruido uniforme de la cuerda de tripa, que rechinaba sobre la polea del torno, y el frotamiento de la escofina y el pulidor sobre la madera, los golpes regulares del martillo de acero, sobre el oro ó sobre la plata cóncava de las cajas de relojes, algunas palabras cortas, dirigidas al uno ó al otro, ó el canto en voz baja del hombre que distraía sus oídos sirviéndose de sus manos. Nuestro taller, á medio día, se hallaba inundado de luz que entraba por una ventana ó balcon, y lleno de vida. Aquel trabajo, aquel murmullo, aquella luz, aquella monotonia, aquel pobre enfermo, aliviando sus males y abreviando así sus días con la fatiga, calmaban y adormecian mi propio fastidio. Habia concluido por tener una verdadera amistad con el caballero. Habia llegado á ser una de las horas de mis días. Comia yo algunas veces con él, como el oficial con el maestro. Aquellas comidas, servidas á la hora que se acostumbra en el hospital, y sacadas de la marmita comun, consistian siempre y únicamente, en dos raciones de vaca cocida, seca y flaca, cortadas en lonjas, como la comida ordinaria del soldado; frutas secas y una botella de vino del hospital, completaban la comida. Nos poniamos á trabajar tan pronto como ésta concluía. Cuando la luz desaparecia, arreglábamos con cuidado el taller, colocando los útiles en los cajones: yo barria las virutas de la madera, ó las limaduras de fierro, que llenaban el piso, y conversábamos un instante. Se hallaba en su corazón todo el espíritu de un caballero. Escepto sentimientos y aventuras, nada habia que sacar de él. Mas con esto es con lo que se forman las epopeyas.

Todo hombre simple es un poema para el que quiere hojearlo. El interés está en el que escucha, mucho mas que en el que refiere. Nunca me fastidiaba.

¡Figúrese, sin embargo, un jóven de veinte años, habiendo ya gustado el cáliz de la amargura, agotado los delirios y las lágrimas de la vida, fermentando su imaginación, consumido por pasiones apenas cerradas ó mal estinguidas, devorando el mundo con su pensamiento, y reducida su diaria ocupacion á tallar pedazos de madera y limar trozos de metal, escuchando la conversacion de un anciano inválido, sin otro encanto en el espíritu que su desgracia y su bondad!

XXXVIII.

Tenia yo otro amigo, sin embargo, que no podré jamas olvidar; tanto era lo que me amaba y lo que descendia con indulgencia y con gracia desde lo alto de sus años para colocarse al nivel de mi juventud.

Era un anciano, mucho mayor que el caballero de Sennecey, el mejor y mas gracioso viejo que haya visto jamas en mi vida. Era el amor, la adoracion de toda la ciudad, y buscado, por mejor decir, por su benevolencia tierna y universal para con todas las familias, de que parecia ser miembro por el corazon, bien que de hecho fuese extraño por el parentesco. Habia sido el amigo y el Mentor de mi padre, en sus juveniles años. Tenia mas de ochenta años. Jamas habia sido casado. Subsistia de una renta vitalicia de algunos miles de libras, en una medianía decente, y con ese bienestar y comodidades que se proporcionan los celibatarios. Habia sido muy hermoso y lo era aún, porque era una de esas bellezas de sentimiento que subsisten en tanto que el corazon trasmite á la fisonomía un rayo de bondad. Rico, independiente, bien recibido en la alta sociedad, y amado por las mugeres en su juventud, habia gastado desde temprano su fortuna con generosidad y nobleza en sus amistades, en sus amores y en sus viages. Se habia detenido precisamente en los lími-

tes en que la fortuna que concluye toca á la ruina que comienza. Habia colocado lo poco que le quedaba en fondos perdidos. Se habia proporcionado un precioso retiro en el centro de la ciudad, con una pequeña habitacion que daba á un jardincito. Vivía por la mañana en su blioteca, única cosa que habia salvado de sus desastres; á medio día visitaba á sus innumerables amigos; y por la noche pasaba el tiempo en los salones abiertos de la ciudad; y empleando el estío y el otoño en las casas de campo de las inmediaciones. Se llamaba Blondel. Tenia una pieza señalada con su nombre en todos los castillos, un cubierto en todas las mesas de las reuniones familiares. Era el huésped solicitado por todo el mundo. Hasta los niños lo conocian.

Me amaba desde que era yo niño. Cuando volví del colegio de Paris y de mis viages, me quiso mucho mas. Mi rostro le agradaba, porque le recordaba, segun decia, el que tenia á mi edad. Cifrabá con mucha anticipacion halagüeñas esperanzas en mi porvenir. Deploraba la obstinacion de mi tio, de tenerme ocioso en aquella prision doméstica de una ciudad pequeña. Hubiera querido que se me abriese el horizonte de la vida activa. Me creia capaz de distinguirme en la carrera militar, única que convenia entonces á la modesta consideracion de mi nombre. Sentia ver que me marchitaba entre cuatro paredes. Su bolsillo, aunque no se hallaba muy bien provisto, estaba siempre abierto para mí cuando tenia yo que hacer algun viage ó comprar alguna obra. Su biblioteca la reputaba yo como mia; pasaba todas las mañanas con él. Me detenía casi siempre á comer; hablaba conmigo con aquella confianza grave de un hombre que olvida la desigualdad que forma en los talentos una diferencia de sesenta años. Era para mí un libro, y lo que es más, un libro encantador. Nunca me parecían las horas á su lado. No tenia ni la morosidad ni el cansancio propios de la edad avanzada. Era un Aristipo de la vida humana, y todas las edades le convenian. No veía mas que el lado favorable de las cosas y de los caractéres. La naturaleza habia errado completamente